



Capítulo 305 - ¿Sabrina está comiendo champú?

Tianlong caminó a través del vacío cambiante, con sus brazos acunando el cuerpo flácido y sudoroso de Sylvea como si fuera un frágil tesoro que acababa de saquear de las profundidades.

Sus gruesos muslos colgaban sueltos, separados lo suficiente como para que cada paso que daba hiciera que su mano —agarrada firmemente en una mejilla carnosa de su trasero— se apretara involuntariamente.

La presión fue deliberada, casi cruel en su casualidad; gotas de su espeso y cremoso semen mezclado con los jugos arruinados de su coño goteaban entre sus pliegues hinchados, salpicando húmedas sobre el etéreo piso de abajo.

Dejaron un rastro descuidado, cuerdas viscosas que se estiraban y se rompían con cada empujón, el aroma del sexo crudo flotaba pesado en el aire como una promesa de más por venir.

La cabeza de Sylvea se posó contra su pecho, su cabello verde enmarañado y enredado, sus labios separados en respiraciones superficiales, todavía lamiendo inconscientemente los restos salados de su carga que untaban su barbilla.

Sus enormes tetas se agitaban con cada bullo, sus pezones duros y crudos por el abuso, raspando su túnica.

A su alrededor, el mundo se deformó y se reformó bajo los caprichos del Palacio del Placer —su dominio doblaba la realidad como arcilla húmeda.



La austera cámara de la academia se desvaneció, reemplazada por lujosas cortinas rojas de terciopelo que se desplegaron de la nada, pesadas y lujosas, acumulándose como sangre en los pisos de mármol emergentes.

Los apliques dorados cobraron vida en las paredes que brillaron hasta existir, proyectando un brillo cálido y seductor que bailaba sobre el opulento espacio.

El aire se espesaba con el tenue y almizclado perfume del incienso y el deseo, la esencia del palacio se filtraba en todo, haciendo que incluso las sombras se sintieran vivas y hambrientas.

Empujó a través de un conjunto de arcos en formación, entrando en uno de los santuarios interiores del palacio —una vasta habitación que se materializó a su alrededor como un sueño tomando forma.

Cortinas carmesí cubrían los bordes, enmarcando una enorme cama tamaño king que dominaba el centro: cuatro carteles tallados con figuras retorciéndose en eterno éxtasis, sábanas de seda ondeando como recién arrugadas.

Allí, sentada al borde de la cama con las manos cuidadosamente cruzadas en el regazo, estaba Akane.

Sus orejas de zorro plateadas y rojas se contrajeron al oír su aproximación; esos agudos ojos ámbar se iluminaron como brasas que atrapaban llamas.

Era una visión con su sencilla túnica, la tela aferrada a sus curvas —la hinchazón de sus grandes tetas tensando los lazos, su cola esponjosa rizada ociosamente detrás de ella, una mezcla de pelaje plateado rayado con esas puntas rojas ardientes.



En el momento en que lo vio —la forma desnuda y empapada de semen de Sylvea en sus brazos—, Akane se puso de pie de un tiro, con la cola moviéndose con una mezcla de preocupación y esa chispa posesiva. "¿Dónde me has dejado?" Ella exigió, con una voz suave y gruñida, acercándose con las caderas balanceándose naturalmente, esas orejas de zorro animándose hacia adelante.

Los labios de Tianlong se curvaron en una sonrisa perezosa, sus ojos carmesí dorados se suavizaron mientras se fijaban en los de ella.

Cambió el peso de Sylvea sin esfuerzo, como si ella no fuera más que una manta cálida. "¿Estás bien?" preguntó, con voz baja y áspera por el esfuerzo anterior, escaneando su rostro en busca de cualquier signo de angustia.

Ella asintió rápidamente, mordiéndose el labio inferior mientras el alivio inundaba sus rasgos, luego se inclinó como si fuera lo más natural—cuerpos presionando cerca, su calor filtrándose en él.

Encajan como una pareja a juego, amantes que habían atravesado el infierno juntos.

Él acarició su mejilla contra la de ella, raspando su suave piel con una barba áspera, inhalando su aroma salvaje y terroso mezclado con ese débil toque floral que era todo Akane.

Ella soltó una risa burbujeante, su aliento caliente contra su oreja y su cuerpo relajándose al tacto.

"¿Por qué te ríes?" murmuró, tirando hacia atrás lo suficiente para encontrarse con su mirada, con una mano todavía sujetada al trasero de Sylvea, sintiendo otro goteo cálido de sus fluidos mezclados deslizarse por su muñeca.



Los ojos de Akane brillaban de travesuras y su cola se movía perezosamente. "¿Cómo puedes ser tan gentil... y al mismo tiempo un animal así?" Inclinó la cabeza, esas orejas de zorro se movieron ligeramente, un puchero juguetón en sus labios carnosos.

Su boca se movió, una media sonrisa luchó entre la diversión y sacudió la cabeza, con el cabello oscuro cayendo sobre su frente. "Tú eres el indicado para hablar", murmuró, pero no hubo mordisco.

Con cuidadosos pasos, se dirigió a la cama y acostó a Sylvea sobre las frescas sábanas de seda.

Su cuerpo grueso y bien jodido se extendió —muslos extendidos, coño todavía ligeramente abierto, una gota fresca de semen rezumando de su agujero maltratado para manchar la tela.

Ella murmuró algo incoherente, con la lengua saliendo rápidamente para lamer sus labios nuevamente, persiguiendo su sabor.

Tianlong se inclinó y le dio un suave beso en la frente, mientras sus labios permanecían sobre su piel febril. "Descansa, hermosa", susurró, luego tiró de la pesada sábana sobre sus curvas, metiéndola alrededor de ella como un escudo, ocultando la evidencia de su conquista por ahora.

Al darse la vuelta, sus ojos encontraron los de Akane —hambriento, agradecido— y la abrazó sin decir palabra.

Ella se derritió contra él, sus grandes y suaves pechos se aplastaron contra su pecho, y ellos presionaron su ropa de una manera que hizo que su polla se contrajera a pesar del reciente maratón.



Su cola se movía alrededor, envolviéndolos a ambos en un capullo peludo, el pelaje plateado y rojo rozaba sus piernas, acercándolo como si fuera su dueño. "Mírate en el espejo", dijo, con la voz baja y ese timbre grave que siempre la hacía temblar.

Una mano se deslizó por su espalda, agarrándole el culo a través de la bata, y los dedos se clavaron lo suficiente para sentir el calor. "Eres el tipo de mujer con la que cualquier hombre querría follar a diario. Críela cruda hasta que tenga fugas durante días. Pero incluso entonces, no podía tener suficiente—anhelando ese coño apretado de zorro que lo exprimía hasta secarlo cada maldita vez"

La respiración de Akane se entrecortó, sus ojos se fijaron en sus labios, las pupilas se dilataron mientras se inclinaba y los cuerpos se sonrojaron.



Sus bocas se encontraron en un pequeño beso provocador —sólo un roce de labios, húmedo y prometedor— antes de que él se retirara, dejándola con ganas de más. "Sabes", continuó, trazando su mandíbula con el pulgar, "vi muchas mujeres hoy. No eran humanos... pero joder, se veían hermosos. Exóticos como el infierno, cuerpos construidos para el pecado."

Sus ojos se abrieron, un destello de celos agudizó sus rasgos —las orejas se sujetaban hacia atrás, la cola apretaba su envoltura alrededor de ellas como un vicio.

Pero luego ella se relajó, apoyando su cabeza contra su pecho, y esos mechones de color rojo plateado se derramaron sobre su hombro.

Sus manos agarraron su túnica, clavándose las uñas. "¿Por qué estás tan obsesionado con las mujeres?" Ella susurró, con la voz mezclada con ese borde vulnerable, abrazándolo más fuerte, sus tetas aplastándose aún más, sus



pezones endureciéndose contra él. -¿No soy suficiente? ¿Mi cuerpo es viejo para satisfacer esa necesidad?"

Tianlong apoyó su barbilla sobre su frente, sintiendo sus orejas de zorro aplanadas contra su cráneo en esa señal reveladora de dolor.

Besó la parte superior de su cabeza, presionando sus labios contra el suave pelaje.

"Eres la mejor mujer que uno podría pedir... es solo que hay un enemigo ahí afuera esperando para matarme", dijo en voz baja, acariciándole la espalda con la mano en círculos lentos. "Si no me hago más fuerte —construyo mi poder, las mujeres en particular— lo pierdo todo. "Tú incluido."

Ella tembló en sus brazos, un suave gemido se escapó mientras levantaba la cabeza, con los ojos ámbar feroces y llorosos.



¿Quién es? "Dime", exigió ella, desenrollando la cola lo suficiente para dejarla retroceder, con los puños revolcándose en su túnica. "Le arrancaré la garganta. Aliméntalo a las bestias."

Pero cuando las palabras la abandonaron, sus ojos se entrecerraron — la sospecha parpadeaba como una sombra.

De los pliegues de la túnica negra de Tianlong, una única mariposa negra revoloteaba libremente, la que había permanecido oculta allí antes.

Se multiplicó en un remolino de alas oscuras, fusionándose en una forma completa: Xiang se materializó allí mismo, con sus ojos violetas brillando con perversa diversión.



Su naturaleza había cambiado—se había ido la seductora juguetona; ahora estaba toda afilada, riéndose mientras se inclinaba, plantando un rápido picoteo en su mejilla.

Sus labios eran suaves, burlones y dejaban una leve marca de brillo. "Hice lo que me dijiste, cariño", ronroneó, con la voz goteando de satisfacción y la mano bajando posesivamente por su brazo.

Tianlong le dio una sonrisa genuina, pero una sonrisa tiró de las comisuras de su boca.

La había enviado de regreso con esos profesores, la manipuladora perfecta: una heroína que había descifrado el código de la psique de hombres y mujeres, retorciendo deseos como hilos en un telar.

¿Quién mejor para ofrecer opciones y plantar semillas de duda y lujuria?

Ese protagonista de la academia, el que tiene su endeble armadura argumental, sería un excelente primer muñeco para sus planes —romperlo lentamente, ver la desesperación romper su fachada de héroe para practicar el futuro con otro hijo del cielo.

Pero el momento se hizo añicos con un "Blergh..." húmedo y con arcadas resonando en las sombras.

Las tres cabezas giraron hacia el sonido.

Sabrina.